

Carlos Vattier Bañados.

COSAS DE NIÑO

A GUSTAVO PEÑA.

NIÑO Marcial tiene nombre de persona grande. Niño Marcial es un flojo. Se duerme como los trompos. Y el mundo entra también a sus sueños como esos trompos pintados que, al girar, se achatan y pierden las líneas de colores.

La mamá le ha dicho que los niños son semejantes a los cuspes, porque suenan mientras están dormidos.

* * *

¡Qué grande es el pequeño jardín de la casa! De la casa, no, de Marcial. Por algo lo ha poblado de amigos invisibles y por algo las plantas oyen extasiadas sus discursos a todo pescuezo.

El jardín de Marcial tiene ríos navegables (las canaletas surcadas de buques de papel) trasgos (la sombra del castaño) selvas con leones (los bambús) una glorieta para meditar los fantásticos negocios de tío Javier y dos banquillos de mármol donde canta misas con una capa pluvial de toallas.

* * *

Los países exóticos se imaginan, no se presienten.

Niño Marcial halló en los grabados de Las mil y una noches esos parajes del sueño, tan raros.

Niño Marcial cree que el error de la primera suma—se la ha corregido papá—tiene la misma naturaleza que su ceguera para entender el misterio de la Santísima Trinidad.

Niño Marcial imagina a la Experiencia como una dama de pelo blanco, igual a la señora Santa Ana. Y piensa que es una vieja mala, porque cuando va de visita no lo dejan entrar al salón. En cuanto acabe su palacio de arena irá a sacarle la lengua.

Los niños no viven en el mundo, lo sueñan.

* * *

A niño Marcial lo han engañado. De hoy en adelante no va creer lo que dicen sus mayores. Al desarmar el velocípedo se cortó una mano y la sangre que brota no es azul. Niño Marcial está muy triste. Como no siente dolor, dice: «¿Entonces yo no soy noble como papá? Yo tengo la sangre más colorada que la que le sale de la nariz a Pepe, el niño de mi mamita».

* * *

Botaba la pelota de Marcial cada vez más alto. De repente se perdió por los arreboles. No hallándola en el mejor escondite del tugar-tugar, el niño aseguraba entre sollozos que la vió volando. No cabe duda: se la robó el Angel de la Guarda, porque no tenía monos con que jugar en los patios del tata Dios.

* * *

Aladino ideó la linterna que hará huir a los fantasmas que inventa niño Marcial; pero la abuela sabe que su luz no ha de durar. Los niños llaman a las sombras que los grandes espantan. No les hacen nada.

* * *

La niñez hace a la abuela y la abuela hace a la niñez. Para hacer rodar el aro, como Dios al mundo, hay que tener puras las manos.

* * *

De tanto aguardar en penumbra se han quedado dormidos. Y alguien podría adivinar los sueños de la abuela y el nieto oyéndoles el resuello. ¿Alumbra la luna o la lámpara ha volado al cielo? Por que hay en la ventana un suave halo de perlas orientales que muere a veces tras un cristal opaco. ¿Se hunde la luna en la nubes o la lámpara hace humo?

La noche se puebla de ruidos y el sueño se inunda de luz. Alguien descorre la puerta como si fuese de tul. Campanas lontanas, albahacas y panes con pasas repican la Navidad.

* * *

¿Cómo saber cuál es el último instante de la niñez?

* * *

Mediodía. El sol saca agujitas de lumbre a los vidrios pulidos. El sol es la docena de manzanas y el manojito de aromos que trae la abuela sudorosa. La abuela fuma y cose sin dedal. Por eso tiene las yemas de los dedos amarillas y esponjados como un capullo de aroma. Los anteojos de la abuela son también el sol, y cuando ella se muera de un susto, el sol será apenas el sol.

Entretanto, Marcial, con su tricornio de cartón y un gran pucho entre los labios, relajante como el primer pecado, vive una noche de piratería en el fondo del subterráneo. De súbito, el roce pegajoso de una

tela de araña lo hace huir despavorido. Presintiendo, la abuela lo arrulla desde lejos. Y le palpita el pecho, que es un globo inflado con agua de Colonia. Marcial hunde en él la cabeza y se duerme soñando que va por un jardín.

* * *

¿Son las cuatro o son las cinco? Da lo mismo. ¿Pero cómo llamar a esta hora en que el día se va y no se va? Tenía el sol a las doce un zumbido de miel y como una bola de seda enreda sus hebras en el perfume del hilán-hilán. ¿Son las cuatro o son las cinco? La luz del cuento de la vigilia desteje en el aire su limpio fulgor. Las sonrisas de los Reyes Magos y el olor de los huasos de greda vuelan como pompas de jabón. Marcial sufre la misma emoción que dejan los temblores. ¿Será la primera pena o es que se ha sentido crecer?

* * *

Atardece. Las nubes redondas juegan al pillarse en el patio azul. Si la luna sale tarde jugará al compra-huevos con las estrellas. Pero niño Marcial no ha de verla, no ha de verlas...

* * *

Medianoche. Las sombras no debían entrar a los cuartos de los niños. Bueno, ellas no tienen culpa. Quizá ignoren que los fantasmas se agazapan en sus entrañas.

Medianoche. Niño Marcial despierta traspirando. «Mamita, mamita, pásame a tu cama, mira que el mono Colibrí me está escupiendo la ropa».

Son las nueve de la mañana. La luz se baña en el espejo del ropero blanco y el oso lanudo y el viejo de la Pascua repiten sus piruetas hasta el cansancio a lo largo de la guarda. En la cama vacía se ha filtrado ya la pocita del sueño.